

▣ CONSUMACIÓN ESCATOLÓGICA

Los últimos domingos del Año Litúrgico, nos invitan a prestar atención a la conclusión de nuestro camino humano y al final de los tiempos. Es toda la Iglesia la que se dirige hacia esta consumación escatológica: la Iglesia celestial, que celebramos en la solemnidad de Todos los Santos el viernes 1 de noviembre; la Iglesia purgante, que recordamos al día siguiente en la conmemoración de todos los fieles difuntos; y la Iglesia terrenal, que festejaremos el sábado 9 de noviembre con la fiesta de la dedicación de la basílica de Letrán. Estos últimos domingos, acompañados de estas celebraciones del Calendario, se sitúan en este clima.

De alguna manera hoy está presente este tema en la oración colecta al pedir a Dios que nos conceda «avanzar sin obstáculos hacia los bienes que nos prometes». E igualmente en la oración después de la comunión se desea que, «alimentados con estos sacramentos del cielo, nos preparemos, por tu gracia, a recibir tus promesas». En la segunda lectura, de la segunda carta de san Pablo a los Tesalonicenses, aparece también la dimensión escatológica cuando menciona «la venida de nuestro Señor Jesucristo y nuestra reunión con él». No obstante, en los próximos domingos, cobrará un marcado relieve en toda la liturgia de la Palabra.

▣ MISERICORDIA DE DIOS

El evangelio de este domingo pone ante nuestros ojos el relato de la conversión de Zaqueo. Lucas es el único evangelista que nos lo cuenta.

Zaqueo era publicano, esto es, se dedicaba a recaudar impuestos para entregarlos a los romanos. Esta profesión era despreciada por los israelitas, ya que, por una parte, el publicano era considerado de algún modo un traidor al trabajar para el poder opresor y, por otra, era tratado como un ladrón pues se quedaba parte de lo que recaudaba. El propio Zaqueo reconoce esto y promete restituir a quienes se había aprovechado. Jesús tiene un encuentro con él y consigue su objetivo: cambiar el corazón de Zaqueo, «Hoy ha sido la salvación de esta casa», exclamará Jesús.

Dios no actúa con precompresiones, ni nos juzga sin dar la opción al arrepentimiento. Dios es misericordioso, da siempre una nueva oportunidad. Como se nos dice en la lectura del libro de la Sabiduría: «Te compadece de todos ... cierras los ojos a los pecados de los hombres, para

que se arrepientan». Como muestra Jesús en el evangelio al alojarse en casa de un pecador y ofrecerle la salvación, cumpliendo así el objetivo de su venida al mundo: «El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido».

La misericordia de Dios se manifiesta también en la Eucaristía. El acto penitencial concluye pidiendo la misericordia y el perdón divino, vinculados a la consumación escatológica: «Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna». La oración colecta se dirigirá a Dios llamándolo «Dios de poder y misericordia». Y la oración sobre las ofrendas señalará cómo a través de la celebración eucarística se derrama sobre nosotros la misericordia divina. Un claro ejemplo de la misericordia de Dios hacia el ser humano es el recorrido de la historia de la salvación que sucintamente se repasa en la primera parte de la plegaria eucarística IV, que hoy podría utilizarse.

▣ ¿SOMOS MISERICORDIOSOS?

La liturgia de hoy puede ser ocasión para que examinemos cómo son nuestras relaciones con los demás, si en ellas reina la misericordia. Si soy tolerante con el prójimo, si perdono y doy nuevas oportunidades. Si mis ojos miran a quienes me rodean con un corazón misericordioso que no juzga la situación de cada uno etiquetándolo de «pecador».

Este es el trato que cada uno recibe de Dios y, por tanto, debemos corresponder actuando del mismo modo con los demás. Tal y como pedimos en el Padrenuestro: «Perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Se podría hacer hincapié al respecto en la monición introductoria de la oración dominical para resaltar este aspecto vinculándolo con el evangelio.

▣ HOY TENGO QUE ALOJARME EN TU CASA

Al encontrarse con Zaqueo, Jesús le pide: «Hoy tengo que alojarme en tu casa». Esta misma petición nos la dice a cada uno de nosotros en la Eucaristía: Jesús quiere ser nuestro huésped. Y ante esa invitación suya respondemos: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa...». Tener a Jesús como huésped debe llevarnos a limpiar nuestro corazón de todo aquello que no corresponde con la vida cristiana, tal y como Zaqueo cambia al encontrarse con Jesús.

JOSÉ ANTONIO GOÑI